

ANAGNOSIS DE *EL TESTIMONIO DE YARFOZ* DE SÁNCHEZ FERLOSIO

por Víctor Calderón de la Barca

El testimonio de Yarfoz (1)

Sobre una hoja en blanco los signos del alfabeto trazan el relieve de una región imaginada, como hecha con la memoria de paisajes vistos, inteligentemente mezclados y adaptados en su configuración a la verosimilitud de su existencia.

Nos hallamos, literalmente, en las riberas de un río prodigioso o las laderas y cumbres de los montes entre los que discurre, transportados a la ficción, tan atraídos por la fuerza de gravedad de las palabras que nos olvidamos de que estamos leyendo, y vemos y oímos lo que Yarfoz nos cuenta, y aún más, mágicamente acompañando a los personajes de esta historia y hasta confundiéndonos a ratos con ellos, en esa constante tensión entre la identificación con los personajes y la distancia que como espectadores mantenemos. Como arrastrados por la corriente del río o contemplando el panorama desde su orilla o desde los picos de las sierras sentimos, en la butaca en que sentados sostenemos el libro abierto, que ese mismo paisaje nos rodea. Tal es el poder de evocación de la escritura.

El autor juega a no serlo; se quiere tan sólo editor y atribuye la autoría a quien con el nombre de Yarfoz dejó escrito el relato de unos sucesos en los que él mismo tuvo parte. La historia se nos presenta como un manuscrito salvado del olvido y recopilado

- según el editor - <<por el que la crítica moderna reconoce hoy como primer y principal autor de la magna obra historiográfica (*La Historia de las guerras barciales, Ogai el Viejo*)>>, nombre tras el que se ocultan - siempre según el editor - hasta cuatro autores distintos. La invención y el recurso a esas fingidas fuentes tienen ilustres precedentes. Baste recordar el nombre de Hamete Benegeli. Como aquél también libro es éste de viajes, salvo que, a diferencia de las llanuras de la Mancha, las tierras que cruzan el río Barcial y sus afluentes junto con las aldeas y ciudades que pueblan sus riberas nunca las podremos recorrer “a pie enjuto”, pues aquí no ya los nombres propios de los personajes sino hasta los topónimos pertenecen al territorio de la imaginación.

El texto adopta, y así nos lo advierte su autor (o su editor), la forma del relato biográfico, pero ateniéndose tal vez a la vieja fórmula de Plutarco, para quien la narración de los hechos era la trama donde urdía la descripción del carácter. *El testimonio de Yarfoz* se nos presenta, en efecto, como el <<relato biográfico escrito por un oscuro hidráulico, Yarfoz, sobre su querido y admirado amigo el príncipe Nébride>>.

La literatura que echó a andar sus personajes a la sombra de los hechos establecidos por la historiografía sometió la ficción al vasallaje de la Historia, que figuraba como única verdad inmarcesible. Fue lo que llamamos “novela histórica”. *El testimonio de Yarfoz* guarda con la Historia la misma distancia irónica que el Quijote con los libros de caballerías. Renuncia a la Verdad - histórica o literaria, tanto da - en favor de la fantasía, de la verosimilitud no subordinada a lo que pasa por haber sido, sino atenta a lo que simplemente bien pudo ser. Y es que los grágidos, los atánidas, los iscobascos, los

ardiscornios, los fecerios, los salamneos y demás estirpes de eufónicos nombres que habitan la cuenca del Barcial y se reparten al norte y al sur del formidable valladar del Meseged, tal como se indica en el mapa que Olai el Viejo adjunta al texto de Yarfoz, son los pobladores de una geografía imaginaria.

Aunque son muy numerosos los personajes que ponen voz y presencia al relato del hidráulico Yarfoz, todos y todo gira alrededor del eje, al fin partido (como el Meseged parte la tierra), formado por el príncipe Nébride y su hijo Sorfos. Ellos son los protagonistas - y, a la postre, antagonistas -, personajes que se rebelan contra el destino para afirmar su voluntad, la voluntad dispar de generaciones enfrentadas.

Diríase una saga familiar de príncipes que deshacen la obra de sus predecesores, el espíritu de la guerra engendrado en el seno mismo del espíritu de la paz. Nébride el constructor, el admirador de obras de ingeniería, el continuador de una era de paz iniciada por su abuelo y traicionada por su padre; Sorfos el guerrero, el ágil lanzador de azagayas y astuto conspirador, usurpador acaso de un trono dejado vacío por el legítimo heredero de una dinastía manchada de sangre y deshonor. Nébride preferirá el destierro abandonando de por vida la tierra de los grágidos; su hijo Sorfos volverá a ella a lomos de un corcel de guerra para hacerse coronar. Como dos arcos reunidos por sus puntas el peregrinaje melancólico de Nébride y el regreso triunfal de Sorfos completarán el círculo llevando el relato al mismo punto de partida. La circularidad, sin embargo, no es una continuidad, sino una ruptura, la reunión de dos vidas partidas por la mitad. Con el río en su centro parten cual flechas los radios opuestos de esas vidas. Uno, sin querer marcharse, se ve obligado a irse; el otro, sin la obligación de volver, regresa.

Yarfoz nos cuenta la acción de los hombres, nos habla de guerras, pero también de amistad; de ambiciones y traiciones, pero también de hombres que renuncian a un destino por hacer honor a sus principios. La voluntad de alejamiento de Nébride se opone al cumplimiento de un secreto designio que urde el regreso de Sorfos. Ninguna fatalidad, sin embargo, empaña ese ir haciéndose las vidas entre la necesidad y el albedrío, que el río es al fin voluntad de sus meandros y los meandros voluntad del río.

Los 54 párrafos del libro pasan más como hitos que señalasen el camino que primero sigue el curso del Barcial y luego lo remonta que como capítulos que trazaran las imposibles líneas divisorias de un relato que apenas se demora en algún remanso. Aún así bien puede entenderse como comienzo de una segunda parte el momento en que Sorfos, que ha ido asomando poco a poco en el relato, toma definitivamente el relevo de Nébride en el protagonismo de la historia, cuando a despecho de su padre decide seguir el camino de las armas en la última y principal ciudad del bajo Barcial, la más alejada del origen, y volver a su tierra natal, mientras Nébride, que ha elegido una existencia deliberadamente incógnita en un país extranjero, se extingue en el relato hasta no ser más que un recuerdo cada vez más nebuloso.

El testimonio de Yarfoz, convertido en memoria gracias a sus editores, nos permite evocar - con sólo abrir el libro y leer, cual conjuro mágico, sus palabras - un mundo que ha sido. ¿Aunque no sería mejor decir que acaso somos nosotros los llamados por Yarfoz?. Sea de ello lo que fuere, entramos en una tierra mítica, no por literaria menos

real, en un presente imaginario cuya ausencia de límite, mientras la mirada se desliza sobre las líneas de signos como el Barcial sobre su lecho, desnuda al tiempo hasta dejarlo en cueros, un tiempo disuelto en presencia, un allí hecho aquí. Traspasado el umbral, vemos y oímos y hasta olemos; sentimos con los sentidos emocionados. La escritura deja de ser una operación representativa. Es, más bien, una proximidad. Este pasado fingido se descubre a nuestros ojos como un amanecer.

En la cuenca del Barcial la naturaleza se humaniza en paisaje, pues es una civilización lo que a sus orillas se levanta. En su viaje Yarfoz irá describiendo para la posteridad los paisajes naturales, las ciudades, las obras y el corazón de los hombres.

En *Las semanas del jardín* dice Ferlosio que <<El presente anagnóstico es el que se usa para contar una película o una novela.>> Este adjetivo es un neologismo que ideó Ferlosio - según él mismo cuenta - derivándolo del griego “anágnosis” en su acepción de “lectura”, “recitación”, etc. <<Es un modo - añade - de referir un texto en cuanto texto, en su vigencia de texto: la novela misma cuenta un acontecer echando mano de las formas propias de la narración, pero contar la novela es una acción secundaria en la que ya no nos referimos directamente a un presunto denotatum extralingüístico, sino al texto que lo refiere>> (2)

Todo empieza, pues, el día en que el príncipe Nébride llama al hidrólogo Yarfoz para desecar unos almarjales. La agricultura ha de transfigurar la tierra en beneficio de los hombres, pero la antigua sabiduría no hace violencia a la naturaleza y sabe adaptarse a ella. La ciencia del hidrólogo parte de la observación. Estudia el movimiento, a veces apenas perceptible, de las aguas para descubrir los ocultos desniveles de la tierra y actuar en consecuencia. Similar es el procedimiento que emplea Yarfoz para revelar el sustrato anímico sobre el que fluyen las vidas que observa. Al quién del nombre añade el cómo del alma inscrito en actos, palabras y silencios. Los personajes se van haciendo con el relato. Es la reacción ante el acontecimiento, la manera de estar en él de los personajes lo que nos acerca a su conocimiento cabal, de modo que, aunque adivinemos una inclinación, una propensión, la prosopepeya sólo puede ser retrospectiva.

Y otro tanto podría decirse de las numerosas obras públicas que a lo largo del *Testimonio* nos son descritas. La descripción abunda en el detalle y la precisión, pero no es gratuitamente acumulativa, no busca un efecto estético. La obra no está vista desde fuera, como algo terminado y de lo que ya se puede hacer uso. La descripción sigue el proceso de su construcción. La belleza de la obra se desprende del respeto a la inteligencia y la mano que la hicieron.

Pronto habrían de encontrarse Nébride y Yarfoz ante un dilema. El desvío de las aguas amenaza con dejar obsoleta río abajo una hermosa rueda hidráulica, orgullo de una aldea. Ni la Constitución política de Los Grágidos ni el talante de su príncipe le permiten a éste hacer y deshacer a su antojo. Asistiremos así a un curioso debate legal sobre cuál sea mejor derecho, si el llamado mayor, por ser más los que de él se benefician, o el más antiguo. Es éste un ejemplo de la inutilidad inherente a cualquier distinción entre ensayo y ficción de que Fernández de Castro (3) habla en su artículo sobre Ferlosio, a quien considera, por encima de todo, un narrador. <<Hay - dice - ideas, cómo no, expuestas además según los modos y el rigor propios del pensamiento, pero esas ideas no sólo

forman parte de un todo sino que, al menor descuido por su parte, ya están encarnadas en un personaje.>>

Las deliberaciones de la asamblea se verán, sin embargo, interrumpidas por la gravedad de la noticia que trae un mensajero de la capital.

En efecto, el primer acto de los príncipes que han heredado el trono dejado vacante por la muerte del soberano ha puesto fin a la larga era de paz de que fue símbolo el puente de piedra que reúne las dos orillas del río que hace frontera con sus vecinos atánidas. Sobre ese mismo puente, por el que los soberanos de ambos pueblos fuesen conocidos con el sobrenombre de “los Príncipes concordés”, han dado ahora muerte los nuevos príncipes grágidos - el tío y el padre de Nébride - al príncipe de los atánidas. Nébride oye la noticia <<tapándose la cara con las manos>>.

La tristeza de Nébride por el infame asesinato, el sentimiento de deshonor con que tal acción le salpica serán los que le empujen a abandonar sus tierras y renunciar irrevocablemente a sus derechos sucesorios, a renunciar a su pasado, a su patria y a su nombre, <<ya que la vergüenza no quiere borrarle, con mano piadosa, las facciones del semblante>>.

Es decir, que no pudiendo ser otro del que es, del que hasta ahora ha sido- y hasta aquí llega la fuerza del destino, la marca del pasado, más perdurable en el rostro que la cicatriz marina de una estela (o de un naufragio sin testigos) - debe partir, no como el que huye, sino como el que va al encuentro de la nada. Con tan triste principio inicia Nébride, seguido de su esposa y sus dos hijos y del leal Yarfoz y la hija de éste, su largo peregrinar por tierras extranjeras, su exilio sin retorno.

Después de pasar por tierras de los atánidas, donde el hijo del príncipe asesinado no le niega su amistad, pero de donde ha de partir por la animadversión que su presencia desata en el pueblo, se adentra en la región montañosa de Los Iscobascos. El rey desea conocer “el motivo de ese viaje sin destino” de Nébride, saber <<qué movimiento puede llevar a un hombre a replegar su vida negándole un designio>>.

<<Tu camino - apostilla el rey - tan sólo se define por lo que un día dejó detrás de sí; no por dirigirse hacia algo que pueda haber delante, sino por seguir siempre señalando a lo que queda detrás; no por un punto que te atraiga, sino por el que te repele.>>

Y Nébride le responde:

<<el designio necesita un mundo, que es decir una continuidad en el tiempo, pero si algo ha rajado esa continuidad, ha quebrado ese mundo..., también se pierde el tino de cualquier designio...La vida no sólo está sujeta a consumirse, también se puede, de súbito, romper.>>

La vergüenza hizo salir a Nébride de su patria - ese fue el impulso -, ahora su vida rueda como el canto de un río. Es un alma desterrada y que sabe que jamás podrá volver. Su incógnito no es una ocultación, no es un fugitivo; es una imposibilidad, la imposibilidad de seguir siendo. Nadie, sino su pasado, le persigue.

En un ensayo que lleva por título <<La señal de Caín>>, incluido en su libro *El alma y la vergüenza*, Ferlosio, en su análisis del remordimiento, escribe:

<<Al sujeto del remordimiento le es totalmente indiferente hasta qué punto las fuerzas y pasiones determinantes de la situación, los condicionamientos cooperantes en la circunstancia, podrían tal vez haber oscurecido o enturbiado su conciencia, mermado su albedrío, acortado su espacio de deliberación o estrechado su margen de elección; su sentimiento de culpa es tan inexorable y despiadado como si proyectase

restrospectivamente la más indiscutible suposición del albedrío, con la más plena voluntariedad de la conducta. Así, su culpa, su responsabilidad se corroboran enteramente al margen y por encima de cualquier otro posible poder o circunstancia: “Yo estaba allí y el mal se consumó pasando por mis manos”, como un libre albedrío que se afirmase y asumiese, incondicionalmente, a posteriori, a semejanza del honor de lord Jim>>. (4)

Parece difícil evitar en el lector de *Lord Jim* la sensación de que en el corazón del antihéroe de Conrad anida un sentimiento de culpa, aunque no, desde luego, provocado por la suerte que aguardara a los pasajeros del barco abandonado ni, en consecuencia, por la transgresión de la ley moral de un Dios ecuménico nuevamente crucificado en su conciencia. No hay pecado que expiar ni cuentas que rendir ante la figura universal de los hombres. La culpa de Lord Jim se alimenta exclusivamente del sentimiento de deshonor ante “los suyos”, los de su raza, los de su mundo. Esto y sólo esto es lo que le hace voluntariamente perderse en un apartado rincón del Pacífico para no volver nunca a mirar a los ojos de quienes le han juzgado, de quienes sabe que saben. Sin embargo, ¿no son sus hazañas en Patusán un deseo de redención, un querer volver a ser, aunque sólo sea ante sí mismo?

Ferlosio reniega de las interpretaciones que hacen de la conducta de Lord Jim efecto de un problema suyo íntimo, como si lo que buscarse - dice - fuera algo así como “recobrar el respeto de sí mismo”. Y, contundente, añade: <<...*el sentimiento del honor perdido no es un conflicto psicológico, porque el honor es una relación de lealtad con los demás; el deshonor de Lord Jim no es “haberse fallado a sí mismo”, sino “haberles fallado a los demás”*. No habría desacuerdo si a continuación Ferlosio no explicara que esos *demás* son <<*los cuatrocientos musulmanes que iban en el Patna, camino de la Meca.*>>. (5). Lo que subleva del personaje de Conrad es precisamente lo contrario, que no le importe un ardite la suerte de los cuatrocientos musulmanes pasajeros, si no es porque su previsible muerte da al traste con *sus* sueños de grandeza.

En fin, tal vez sea imposible separar en *Lord Jim* la tragedia íntima de la vergüenza pública, y no por ningún “psicologismo” a contrapelo, sino por ser una novela inglesa del siglo XIX, donde ya no queda ni rastro de antigua epopeya.

Jim, el europeo errante, lleva consigo, clavado en su ego, la historia moral de su patria. Aun se permite pensar un ojalá no lo hubiera hecho; le queda la libertad de afirmar - y , en efecto, *aposteriori*- su albedrío. Hizo lo que pudo no haber hecho. El reconocimiento de su culpa despliega su libertad hacia el pasado. En el futuro su libertad, aún posible gracias precisamente a aquel reconocimiento, será, sin embargo, una libertad condicionada. La inocencia, una vez perdida, es, como el honor, irrecuperable. Las futuras hazañas no podrán ocultar, como en palimpsesto, la mancha imborrable de su expediente. Cuando su segundo paraíso se revela un imposible, su alta conciencia moral no le deja ya más opción que la muerte.

Lo que a este respecto separa al príncipe Nébride de Lord Jim no es que no estuviera en sus manos evitar la tragedia que precipita su marcha al país de los atánidas. Aunque no fueran sus manos las que degollaran el cordero en el altar del sacrificio, la inocencia de la sangre vertida le salpica igualmente, pues son las consecuencias libremente asumidas en la conciencia las que permiten dar el nombre de causa a ese principio. El héroe trágico no carece en este sentido de libertad. Ni Nébride ni Lord Jim son el juguete de un destino

fatídico. Más bien, cabría decir, han quedado desencadenados, liberados de un destino objetivo. La tragedia les involucra en cuanto que ellos responden personalmente ante los hechos, es decir, ante los hombres. Ambos - como diría Ferlosio - dan la cara. Ninguno de los dos se lava las manos al modo de Macbeth. Se atienen a las consecuencias y hacen del destino un asunto subjetivo. Por el contrario, del personaje shakespeariano, cuya tragedia, más que del asesinato, arranca de querer borrar la marca, para su desgracia indeleble, de la sangre inocente, sí se puede afirmar que el destino le alcanza para dar cumplimiento a una profecía.

Nébride no tiene ni podía tener la conciencia de una responsabilidad individuada. Nébride consume su tragedia renegando de su estirpe, Jim la prolonga negándose a sí mismo. La partida de Nébride es un final; no la de Jim. Expatriados, ninguno de los dos puede seguir siendo el que era, pero, a diferencia de Jim - que desea volver redimido, aunque a la postre no pueda -, en Nébride - que ha crecido en un país sin dioses (o en todo caso precristiano) - no cabe la idea de redención, su muerte civil no tiene vuelta atrás. En esto - nos parece - se aparta Nébride de Lord Jim, en haber perdido *<<el tino de cualquier designio>>*. Jim conserva su nombre, el vínculo; Nébride no.

Nébride y su séquito son conducidos, a la hora de su mejor luz, hasta el borde del Meseged, la falla gigantesca desde cuya vertiginosa altura, por encima del vuelo de las aves, se divisa el panorama de la gran llanura que atraviesa el Barcial. Tras guiarles(nos) la mirada por la orografía, el rey les hace reparar en las ciudades torreadas de los pueblos Camino-del-Mar. Allí les aconseja el rey que dirijan sus pasos para mayor garantía de su anonimato, pues *<<cuando un hombre está escondido entre otros hombres, está mejor escondido que en un bosque; una ciudad es un bosque de hombres, un bosque es un bosque de árboles>>*.

A poco, el intérprete que traduce las palabras de Nébride a la lengua de los iscobascos - poco antes criticado por su impericia en tales menesteres - le replica no sin un regusto de venganza lo inapropiado de la metáfora, pues siendo tan distintos los caracteres raciales de aquellos pueblos, que *<<allí todos tenían el cabello negrísimo, color ala de cuervo, brillante y lacio, los ojos negros, los párpados plegados y la nariz menuda>>*, un forastero destacaría entre ellos tan nitidamente *<<como un chopo entre cipreses>>*.

La prosopografía, la descripción de los accidentes naturales y las obras de construcción que hayan al paso, más que intercalarse, acompañan el diálogo hasta formar parte de él. Se habla despacio, en períodos de “aliento largo”, como imaginamos que harían los hombres de antiguas edades, menos sintéticos y con mayor discernimiento, atentos al detalle, habituados a imbricar la observación y la reflexión, como quien detiene su paso para hacer un comentario o subrayar unas palabras o escuchar y mirar en silencio. Así, entre la descripción y la anécdota resbala el discurso dando a la novela su equilibrio de morosidad y fluidez.

Otra jornada comienza en el *<<Camino de los Iscobascos>>*, esa *<<obra prodigiosa>>* de la imaginación de Ferlosio que se despliega ante nuestros ojos en las nueve páginas del párrafo XXIX. La rampa excavada en el paredón del Meseged, camino tallado en roca viva que se revuelve en túneles oscuros, era *<<como una canaladura lateral, de suerte que no sólo tenía de roca el suelo y la pared derecha, sino también el techo, mientras*

que sólo estaba abierta por la izquierda, donde, aun así, se le había dejado, hasta una cierta altura, un grueso parapeto>>, era, visto desde la llanura en que desembocaba, <<una sucesión de rampas en zigzag excavadas en la roca y ocultamente unidas por sus extremos a través de esos lazos que penetrando, sin dejar de descender, en las entrañas de la roca invertían y bajaban el camino hasta la siguiente rampa, colocándolo tangencialmente al paramento, gracias a la inflexión o cambio de curvatura de su último cuarto de círculo.>>.

El largo camino, por el que pasan también carros y caballerías dispone de abrevaderos, depósitos de agua y hasta jardincillos colgantes sobre el luminoso abismo. En los ojos de Nébride reluce <<la emoción de las grandes obras públicas>>.

Allí mismo se encuentra la sepultura del maestro Susubruz, muerto muy poco después de haber visto por fin terminada la rampa, tras 52 años de excavaciones que no costaron ni un solo muerto entre los obreros.

¡ Qué esfuerzo no habrá hecho Ferlosio para contener toda su pasión, que sentimos querer desbordarse de amor por la obra inteligente del ingeniero que humaniza la roca al tiempo que respeta su forma adaptándose a ella, abrazándola sin violencia, que cuida de su funcionalidad tanto como de su belleza sin artificio, la belleza pura y desnuda que se tiene a sí misma por todo ornamento, simbiosis de técnica y respeto, por la constancia de una vida entregada a un designio y que no enloquece ni cede a la soberbia ni a la vanidad - Oh, humilde sepultura de Susubruz, viejo juguete de los abismos, que ni una sola muerte de sus obreros ha permitido -, en la descripción circunspecta de una poesía de piedra levantada con palabras!

En el párrafo XXX se nos cuenta la historia de los babuinos mendicantes, una tribu de monos cuya domesticidad fue la causa de su desventura. Alimentados por los propios campesinos del lugar y hasta empleados en algunas labores, los monos convivieron con aquella comunidad de hombres hasta que una inundación hizo desaparecer las aldeas y obligó a éstos a emigrar. No pudiendo desembarazarse de los animales, que, olvidados de sus propios hábitos recolectores, les seguían a todas partes, razón por la que les negaban hospitalidad allí adonde se acercaran, acordaron dejar entre ellos al que parecía que los monos consideraban el jefe, el “centro”, el cual no era sino el más viejo. Este terminó por salir a los caminos a mendigar para sí y sus monos, y de tanto contar la misma triste historia acabó, al tiempo que enloquecía, por recitarla sin saber ya muy bien lo que decía, y así hasta que murió enfermo y desnutrido. No tardó el macho mayor en sustituirle en su papel.

<< (El mono) prorrumpió en un discurso destemplado, vocinglero, lastimero, gesticulante, más dislocado que inarticulado, ... pero que recordaba sin lugar a dudas... la flexión de la palabra humana.>>.

La domesticación resulta así una degradación, incluso la que se hace con la mejor voluntad. En el animal aparentemente humanizado, arrancado de su habitat y de sus hábitos, se crean tales dependencias que ni podrá volver a ser lo que fue ni, obviamente, llegará a ser lo que por naturaleza (el designio de su especie) no puede ser. Esta historia de los babuinos mendicantes recuerda, sin poder, desde luego, equipararlas, a la del niño-lobo Victor de L’Aveyron relatada por su educador Jean Itard, que tradujo Ferlosio al español y tan profusamente comentó. En sus notas criticaba Ferlosio los errores de la educación “conductista” a que el bienintencionado y paciente Itard sometía al niño,

capaz sí de obedecer instrucciones y hacer lo que su maestro quería que hiciese, pero, al fin, sin comprender nada. El niño, más que educado, estaba siendo amaestrado. Sus gestos, sus actos, sus palabras, aunque se ejecutaran o repitiesen con precisión, carecían de significado, permanecían fuera del mundo simbólico, no eran humanos. Menos aún podían serlo los del babuino.

<<...no se sabía qué infinito empeño había podido llegar a poner la necesidad...en aquel bello rojo que se retorció suplicante, negando todo el orgulloso poder y toda la ferocidad de los largos colmillos de cinocéfalo; no se sabía qué descabulado destino había podido llegar a transformar aquellas largas y oscuras manos, nacidas para la pura e imediata prensión, idéntica a la originaria apropiación, en instrumento no tan siquiera de un gesto, sino del gesto de un gesto, de la suplicante búsqueda o simulación de un gesto.>>

Esa trágica, por imposible, aspiración al lenguaje - reverso de la nostalgia contenida en la onomatopeya -, esas manos que han perdido su función especial y específica separan al animal de la naturaleza sin acercarle a la cultura, destruyen su inteligencia, no lo humanizan sino que lo desanimalizan para quedar en nada.

Y, sin embargo, esa condición alcanzada, que sin duda habría de llevarles a la extinción, era *<<ineluctable>>*.

El episodio sume a Nébride en una ardua reflexión. En llegando a una encrucijada se pregunta si la presunta elección de un camino no es acaso sólo un sorteo, *<<el corrompido disfraz de un arbitrio gemelo del azar>>*, siendo esta facultad de sortear tal vez la única ventaja de los hombres sobre los babuinos. Y es que el *Testimonio* es en el fondo una larga reflexión sobre la voluntad y el destino. La digresión filosófica, sin embargo, no es desvío ni paréntesis. Antes bien, se haya entera en el hacerse del personaje novelado. En el *Testimonio* la aventura, la acción, no es un pretexto de la filosofía, sino que ésta se haya subsumida en aquélla hasta convertirse en un acontecimiento. La filosofía es aquí algo que ocurre, una emoción. Las especulaciones de Nébride caen así bien cerca de ese otro manantial de significaciones que fluye en las pocas palabras de una niña, Vandren, la hija de Yarfoz, cuya compasión por los monos se la ha despertado sobre todo su olor, *<<el olor del dolor>>*, donde la sinestesia deja de ser un recurso retórico, donde siguiendo el curso inverso o separador de las metáforas el sentimiento se hace - o más bien es - sensación. Vandren es una niña, los fundamentos de su mundo simbólico y su código de relación están aún a la vista, las sensaciones del tacto y del olfato dan sentido, sus sentimientos están a flor de piel como que aún no se ha consumado la operación analítica que escinde significantes y significados. Cuando la comitiva se dispone a abandonar el espectáculo de los babuinos, Vandren, que marcha con su padre en el mismo caballo, le obliga a esperar aún un momento.

<<...yo sentí - recuerda Yarfoz - las manos de Vandren encima de las mías, como queriendo que aún retuviese el caballo por un momento más>>.

En ese *<<yo sentí las manos de Vandren encima de las mías>>*, inscrito en la memoria como un aoristo roto por donde el tiempo fluye, hidráulicas pulsaciones de las venas que atestiguan un corazón en el medio mismo del recuerdo, Yarfoz nos ofrece, en la emoción poética de su método biográfico, no un regreso a lo que fue, sino una continuidad de aquel latido. Vemos las manos menudas de Vandren sobre las de su padre, tacto intencional que da la voz de alerta en la piel, alfabeto primordial de la epidermis (¿*<<curiosidad, espeluzno o compasión>>*?) que se hace cifra en el rostro. Yarfoz requiere del guía el cuento de los baunos.

Siguiendo la calzada de Gromba Fecería Nébride y los suyos se internan en el reino de los pueblos Camino-del-Mar, reino y no principado, pues que sus seis pueblos no tenían propiamente un gobierno que, como entre los grágidos, se alzase frente a una corte palatina, en el sentido de constituir con ella dos partes públicas; <<las partes públicas eran, en un pleito, solamente el rey con su gobierno y los ciudadanos individuales>>.

Una lengua franca, resultado de la mezcla de las no muy distintas seis lenguas vernáculas, reforzaba la impresión de unidad.

Tras entrar en la ciudad, y después de hacerse con un intérprete, son recibidos en una casa donde se les da alojamiento y donde el sentido de la hospitalidad requiere del anfitrión posponer su curiosidad al descanso de los viajeros: <<Tras un largo camino, un largo baño>>.

Nébride quiere enseguida conocer la ciudad y sus instituciones. Dos de ellas le llamarán poderosamente la atención: la prisión y la necrópolis.

La Real Prisión era una plaza cuadrada rodeada por un edificio de dos plantas. La inferior era una galería de soportales; <<pero de éstos solamente una mitad estaban abiertos a la esplanada central..., mientras la otra mitad estaba cerrada por rejas de hierro>> habiendo reos tanto en unos como en otros. En los primeros se hallaban los condenados <<que habían acatado la sentencia de los jueces>> y que así <<quedaban comprometidos a permanecer allí bajo palabra>>... <<Así el acatamiento...se consideraba como un pacto o contrato entre el reo y la justicia, que producía entre ambas partes...como una suspensión de hostilidades, por la que mientras el reo se comprometía por su parte a renunciar a todo intento de fuga, la justicia, por la suya, se abstenía de imponer una acción física - como lo era la violencia coactiva de la reja - que asegurase su caución>>.

La plaza de la prisión estaba abierta al público, circunstancia que aprovechaban los reos enjaulados para conmover su ánimo con discursos políticos, pues <<...no habiendo contraído con la justicia compromiso alguno, nada podía impedirles seguir perseverando y ratificándose en su culpa mediante la simple voz...>>.

Terminada la visita, no sin que ante Vandren provoque un comentario sobre <<el olor del cautiverio>>, que tantas moscas atraía, Nébride se dirige a la necrópolis, obra civil y política con la que el primer rey de los Caminos-del-Mar consolidó la unificación de sus seis pueblos al concentrar en una sola ciudad sus respectivas necrópolis. Como la prisión, la necrópolis aspiraba a la extinción de las estirpes en beneficio de una ciudadanía compartida. <<...la necrópolis no era un cementerio, que lo que albergaba no eran los restos mortales de los cuerpos ni inhumados ni incinerados, pero...los muertos estaban allí, de algún modo, individualmente representados>>.

Las estelas funerarias de piedra - que también servían como índice cronológico de una nueva era - no se limitaban a registrar - al principio en las lenguas vernáculas, luego en "lengua franca" - el nombre del difunto, sino que contaban su vida. Pero lo que más extrañaba a Nébride a la vista de los necrolitos y sus inscripciones, ahora convertidos en objeto de culto, era cómo algo tan profano, como lo son las palabras, había podido sustituir a algo tan indefectiblemente sagrado como lo son - por su carácter único e irrepetible, al igual que el rostro y el nombre propio - los restos humanos. A la objeción el Celador de la necrópolis responde que así como un regalo hace sagrado un objeto, cuya pérdida es, por mucho que se pueda reproducir o adquirir otro semejante, irreparable, <<el acto que había podido llegar a sacralizar las estelas había sido la gran emigración de los seis pueblos

Camino-del-Mar, los cuales habiendo abandonado entonces los restos mortales de sus difuntos en los cementerios de las tierras aborígenes, se tomaron, no obstante, el infinito trabajo de llevarse a los nuevos asentamientos todos los necrolitos acumulados hasta entonces en la patria originaria. El viaje de las estelas desde las tierras aborígenes hasta el asentamiento en el valle del Barcial había hecho, de una vez por todas, sagradas las estelas y transferido a ellas el culto de los muertos, pues eran ya el único lugar de invocación de los difuntos dejados atrás en las tierras aborígenes>>.

Tan admirado dejó a Nébride tan sabia institución de la necrópolis que allí mismo decidió entrar a su servicio como necrógrafo. Nébride perseveró en su anonimato escribiendo nombres propios hasta el final de sus días.

La aventura de Sorfos.

Cortezanos y ricos comerciantes se habían hecho construir en la ribera del río villas de madera al estilo de las de los Iscobascos, una moda que no había previsto el efecto erosivo de las aguas sobre el ribazo. En una visita de inspección el joven Sorfos acompaña al hidráulico Yarfoz y aprovechando la ocasión se da un baño en el río. La corriente le aleja y va a dar frente a tres muchachas desnudas que se solazaban en una balsa. <<Vio que se tapaban con unas como mantillas de color azul, y aunque riéndose le hacían señas de que se alejara>>.

Volverán a encontrarse en la orilla. Allí se hablan por primera vez, más con gestos que con palabras, el extranjero Sorfos y la salamnea Ione.

Azar y destino se confunden en las aguas del río; ellas han deparado el encuentro. Luego Ione, guiándose por el relincho del caballo de Sorfos, le ha buscado. Las miradas y las palabras, las risas y los gestos configuran y confirman una voluntad, el deseo de un reencuentro, de una renovación. La casualidad apresada en las pupilas como el pez en la red, esa leve alteración de un orden que levanta una tempestad en el seno del tiempo revolviendo pasados y futuros, será la errata que la memoria corrige para llamar primera a aquella vez originaria. Sorfos ama a Ione, Ione ama a Sorfos.

Sorfos conoce a Tagrana, el capitán que le enseñará a lanzar la azagaya a galope de caballo. Es el comienzo de una larga amistad varonil que ni la diferencia de edad ni de nación lograrán enturbiar. Tagrana es ese amigo de juventud que el avatar de la vida, la aventura común, el tiempo compartido y la lealtad demostrada le hacen tan fraterno como el hermano de sangre. Es esa tan bien llamada amistad a toda prueba.

<<Sorfos, ya sabes que yo voy a jugármela contigo>>.

Junto a Tagrana se desenvolverá en Sorfos el espíritu militar. El mismo que le separará de su padre, quien recibirá con tristeza pero sin resistencia la decisión de Sorfos de seguir el camino de las armas.

A pesar de los meses de separación, pues ninguno de los dos había podido saber dónde se hallaba el otro, Sorfos siente la nostalgia de Ione.

<<Mas he aquí que (un día) yendo solo a caballo por un camino arbolado oyó una voz que lo llamaba...; reconoció la voz de Ione, desmontó y corrió hacia el lugar. "Este niño es tuyo, Sorfos"... Con lágrimas en los ojos, iba con la mirada del rostro de la madre a la del niño, y sonreía. "¿Es hijo tuyo...?", preguntó Ione. "Sí que lo es. Tú acabas de decirlo". "¿Pero lo dices tú también o soy yo sola la que lo digo?". "Es hijo mío, Ione, para cualquiera que me lo pregunte". Hay que decir que el niño había salido del todo a su madre en las facciones: los ojos negros y el cabello color ala de cuervo...>>.

El reconocimiento de la paternidad sella la unión de Ione y Sorfos. Son esposos no sólo por libre elección, sino, sobre todo, por el mutuo reconocimiento de su condición de padres del mismo hijo. El amor de Sorfos ha sido puesto a prueba.

<<...si al decirte yo "Este niño es hijo tuyo, Sorfos", tan sólo me hubieras preguntado "¿Estás segura?", me habría marchado y no habrías vuelto a verme...>>.

El amor, como la amistad, tiene, para ser libre, estas condiciones. Sorfos ama a la madre de Glea, Ione ama al padre de Glea.

La súbita muerte de Caserres da fin de un solo golpe al principado compartido con su hermano. Ante el problema sucesorio planteado y el consiguiente vacío de poder varios grupos de jinetes salen de tierras de los Grágidos con la esperanza de dar con el paradero de Nébride, pero éste, dada su voluntad inquebrantable de no regresar, no revelará su identidad. Será su hijo Sorfos, quien animado por Tagrana, se hará con los derechos hereditarios. Valiéndose del ardid, la audacia y la sorpresa convertirá lo que en realidad es un acto de fuerza en derecho. El ya príncipe Sorfos pasa entre la muchedumbre que le aclama montado en su hermoso caballo negro y llevando en las ancas a su hijo. <<(Su) bracito desnudo, sobre el bíceps todavía apenas dibujado, llevaba un brazal de hierro con gemas engastadas, como el brazo de un guerrero>>.

Notas

- (1) Sánchez Ferlosio, Rafael, *El testimonio de Yarfoz*, Alianza editorial, Madrid, 1986
- (2) Sánchez Ferlosio, Rafael, *Las semanas del jardín*, <<Semana segunda>>, Alianza editorial, Madrid, 1981, p.182
- (3) Fernández de Castro, Javier, "La desmesura del narrador", en *Archipiélago* n.31, ed. Archipiélago, p.60
- (4) Sánchez Ferlosio, Rafael, *El alma y la vergüenza*, Destino, Barcelona, 2000, p.115
- (5) Sánchez Ferlosio, Rafael, "La forja de un plumífero", en *Archipiélago* n.31, ed. Archipiélago, pp. 81 y 82

要旨：サンチェス フェルロシオの“ジャルホスの証言”の読解

言葉の響きが、インドヨーロッパ言語がラテン語のふるいにかげられ、ロマンス語の中に影響を残してきた発展の結果と思われる、時代背景のなかの架空の固有名詞および地名をもって、フォルロシオはその物語の中で私達に、文学的神話を掲げる基礎を示した。

その小説は本文の著者を猫かぶりの歴史家あるいは編集者とする文学の伝統のなかに名前連ねられる。より一層の真实性のため伝記的物語は証言の形を取った。それを語るのは彼自身、作中人物であり語られる出来事の証人であると想定される。

語られる内容は倫理上、政治的そして言語学的まで至る考察に足がかりを与える。随筆はこのように、静かに小説の筋に入る。作中人物の構成は同様に別の文学的課題の結果である。